

cipe de muy buena índole, ageno de toda ambición y de grande experiencia en el gobierno, pues habia tenido hasta entonces como virey el de la Galia gótica. Principió Liuva á reinar en el año 567, y en el de 569 asoció al trono á su hermano Leovigildo, dividiendo en dos partes el imperio godo. Quedóse Liuva con lo que poseían á la otra parte de los Pirineos, y asignó al hermano todos los dominios de la Península. No indican los historiadores la causa que impulsó á Liuva á hacer esta division; se cree comunmente que se propuso con semejante medida realzar la monarquía, que en parte habia decaido por la irrupcion de los imperiales; lo que esperó alcanzar mejor que por sí mismo por el valor y espíritu guerrero de su hermano. Los autores franceses suponen á los dos Reyes juntos en el trono desde el primer dia de la elevacion de Liuva; pero tenemos en contra el testimonio de San Isidoro de Sevilla y de Juan Biclarense, escritores contemporáneos, y el de otros muchos así españoles como estrangeros. Consta tambien lo mismo por algunas monedas de aquel tiempo que distinguen claramente tres reinados, á saber: el de Liuva solo, el de Liuva junto con Leovigildo, y el de solo Leovigildo despues de la muerte de Liuva.

De este modo subió Leovigildo al trono de España, y hubiera sido las delicias de su nacion y el mas grande de sus Reyes godos, si no hubiese manchado sus proezas y su memoria con la heregía, con la persecucion de los católicos y con la muerte de su santo primogénito. Era animoso y de grande esfuerzo, distinguido por la prudencia así en guerra como en paz, de pensamientos elevados y enemigo de toda ociosidad y apatía. Luego de hecho Rey, se determinó á restablecer, dilatar y reducir al mas alto extremo de poder la monarquía de los godos;

y de los diez y ocho años que reinó, apenas se encontrará uno que no señalase con alguna ilustre victoria, ó con la toma de alguna plaza, ó con alguna nueva conquista. Habia sido general en gefe del egército en el reinado de Atanagildo, y esta circunstancia realizaba su mérito para con los soldados acostumbrados á marchar á la victoria bajo su direccion

Hizo, entre otras, tres guerras muy memorables: la primera contra los romanos, la segunda contra su hijo San Ermenegildo, y la tercera contra los suevos. En la primera echó del reino de Granada á los imperiales que ocupaban la antigua Bastitania, desde Baza hasta Málaga; tomó á Medina-Sinodia, á Córdoba y otras muchas ciudades y pueblos. Corrió despues con las armas por Leon y Castilla, se apoderó de la tierra de Sabaria (al oriente de Salamanca), sujetó á los rebeldes de la Cantabria, tomándoles sus ciudades y aprisionando á su caudillo Aspidio con toda su familia y equipages. Llevó á cabo todas estas conquistas en los cinco primeros años de su reinado, en cuya época quedó tambien dueño de la Galia Narbonense y único señor de toda la monarquía goda, por haber fallecido su hermano Liuva en 572, segun la opinion mas comun (1).

NÚMERO IV.

El Príncipe Ermenegildo es declarado Rey por su padre.

Antes de subir al trono Leovigildo, y cuando solamente era general de Atanagildo, contrajo su primer matrimonio con la

(1) Joann. Biclár. Chron. ann. 572.

Princesa real Teodosia, ó segun otros Teodora, hija del duque Severiano, gobernador de la provincia Cartaginense, nieta de Teodorico Amalo, Rey de los ostrogodos, y hermana de los tres santos obispos Leandro, Isidoro y Fulgencio, y de Santa Florentina. Algunos escritores modernos han querido negar este casamiento con Teodosia, pero le dan por cierto los mejores historiadores de España y aun los estrangeros, y así se entiende fácilmente el parentesco de aquellos Santos con los hijos de Leovigildo que todos tienen por verdadero. Nació Teodosia en 543, un año despues de San Leandro, que fue el primero de cuantos hijos tuvo Severiano. Era católica como sus padres y hermanos, y no abandonó su religion en el matrimonio con el Príncipe arriano, antes bien estuvo constante en la verdadera fe hasta su muerte, acaecida un año antes de ser elegido Rey su esposo. De este matrimonio tuvo Leovigildo dos hijos, Ermenegildo y Recaredo, á los que educó en el arrianismo. El primero vió la luz en Sevilla en el año 562, y el segundo en el de 565. Siendo ya Rey de España, se casó Leovigildo en segundas nupcias con Gosuinda, viuda de Atanagildo, muger de grandes prendas pero muy obstinada en la heregía, de la cual le nacieron dos hijas, que fueron en adelante Reinas de Francia (1).

Sosegadas ya las cosas de su reino, y terminadas la primeras conquistas, trató Leovigildo, antes de emprender nuevas guerras, de poner orden en los asuntos de su casa, y de asegurar el trono para sus hijos y descendientes. En el año undécimo de su reinado, que fue el de 579, casó á su primogénito Ermenegildo con la Princesa Ingunda, hija de Sigeberto y de

(1) *Gregor. Turon. lib. 4. hist. cap. 38. = Joann. Biclár. Chron. pag. 384.*

Brunichilda, Reyes de Francia, y nieta de su propia muger Gosuinda y del difunto Rey Atanagildo. Celebráronse las bodas en Toledo con grandes fiestas y regocijos de las dos cortes, pero muy en breve se turbó la paz; y este enlace de que se prometiera el Monarca de España nueva grandeza y prosperidad en los negocios temporales de su reino, atrajo por el contrario á la nacion las mayores turbulencias y calamidades: bien que de él se sirvió el Señor para acelerar la grande obra de su misericordia, y dar á los godos la verdadera felicidad.

Ingunda era católica muy fervorosa, y habia entrado en España resuelta á morir antes que hacer traicion á su fe. Recibióla al principio Gosuinda con demostraciones de cariño, las que no tanto eran efecto de amor á su sangre, cuanto del celo fanático con que se propuso atraerla á su secta. Empero halló siempre inflexible el ánimo de Ingunda, á quien la gracia y la fe inspiraban una fortaleza superior á su sexo. Los halagos, la autoridad de madre y Reina, las amenazas y malos tratamientos, nada pudo inducir á la jóven Princesa á dejarse rebautizar. «Me basta, dijo á Gosuinda, haber sido una vez purificada de la mancha del pecado con el agua del santo bautismo, y haber confesado la Sacrosanta Trinidad en igualdad perfecta. Confieso que con todo mi corazon creo un tal misterio, y que profesaré esta fe hasta mi último espíritu.» Enfurecióse en estremo la pérfida arriana al oír estas palabras, echó mano al cabello de la jóven, la arrojó por tierra y la pateó hasta bañarla en su propia sangre. Desnudándola despues, la sumergió en una piscina como para rebautizarla contra su voluntad, sin que en ningun modo lograrse entibiar el fervor de la santa Princesa.

Leovigildo, que aunque herege, tenia un juicio recto, y no se habia dejado llevar hasta ahora del celo por su secta fuera de los debidos límites, resolvió librar á la esposa de su hijo de las violencias de la furibunda Reina, y de proveer á la quietud de su casa. Precisado por otra parte á salir á campaña contra algunos pueblos que se le habian rebelado, y deseando siempre afirmar el reino para sus hijos, y no abandonarles á la suerte de una eleccion, determinó asociarlos cuanto antes al trono, atrayéndose para ello las voluntades de la nacion. Dió, pues, á Ermenegildo el título de Rey, hizo que le reconociesen sus vasallos, y le señaló los estados de Andalucía para que los gobernase con total y pleno dominio, y sin dependencia alguna de la corte de Toledo.

Es muy necesario tener presente esta promocion de Ermenegildo, para que no sea extraño verle despues pelear contra su propio padre. Por no haber atendido á ella Berault, nos pintó al Príncipe como á hijo y súbdito rebelde y primer autor de una sublevacion y guerra civil; cuando por el contrario no hizo mas, como veremos en su lugar, que defender los derechos de su corona, y proteger la religion de su reino contra el agresor. De otro modo no se le pudiera escusar de un crimen horrendo, ni aun suponiéndole poco instruido en la verdadera piedad, como le supone sin bastante fundamento el Canónigo de Noyon. Empero constituido Rey independiente, el primero de sus deberes era sin duda el defender sus pueblos contra toda fuerza enemiga, pelear por su Religion y por sus leyes, y no sucumbir hasta la muerte ó hasta la paz, sin que la circunstancia de ser el agresor su propio padre le eximiese de esta obligacion, ó le precisase á ceder todos sus derechos y abandonar á sus súbditos

á la opresion y tiranía del que se declaraba perseguidor. Por donde se ve claramente, que pudo y debió Ermenegildo, sin que en ello contrajese la detestable nota de rebeldía y sedicion, repeler la fuerza con la fuerza, implorar el auxilio de sus aliados, y echar mano de todos los medios de defensa justos y lícitos.

NÚMERO V.

San Leandro arzobispo de Sevilla y conversion de Ermenegildo.

El nuevo Rey sentó su trono y fijó su residencia en la ciudad de Sevilla, antigua capital de toda España, y entonces de todas las provincias godas de Andalucía. Ocupaba á la sazón la cátedra episcopal de esta ciudad San Leandro, á quien habia escogido el cielo para que fuese la luz y el apóstol de la familia real y de toda la nacion de los godos. Nació en Cartagena de los mismos padres que Teodosia, primera muger de Leovigildo. De Severiano su padre se dice, que por la fe católica fue desterrado, y murió en el destierro: de su madre Flavia Teodora sabemos con mas certeza por el mismo San Leandro qué acabó sus dias en un voluntario destierro; porque pidiéndole muchas veces el Santo que volviese á la patria, la piadosa matrona, persuadida de que habia salido por voluntad del Señor y para el bien de su salud eterna, tomando á Dios por testigo le contestaba que no queria ver mas la patria, y con abundantes lágrimas añadía: „mi peregrinacion me ha hecho conocer á Dios; quiero morir peregrina, y en donde aprendí el conocimiento de Dios, allí quiero tener mi sepulcro:” sentimientos dignos de una mu-

ger de gran piedad (1). Renunció Leandro desde muy joven todas las comodidades de su casa, y las esperanzas que le ofrecía el mundo; consagróse al servicio de Dios en los ejercicios de la vida monástica, donde adquirió aquella santidad y sabiduría que le constituyó después el padre y maestro de innumerables santos y sabios obispos. Podríamos juzgar con pleno conocimiento de su doctrina y elocuencia, si no se hubieran perdido la mayor parte de sus obras, de las que solo se conserva el discurso al tercer concilio de Toledo y su carta á la santa virgen Florentina. No obstante, estas dos piezas bastan á manifestarnos, que con razon lo alabó su hermano San Isidoro por la dulzura y suavidad del discurso (2). Concuerta con esto enteramente el elogio que de él hizo San Gregorio en una de sus cartas. »He recibido, le dice, tu carta escrita no con otra pluma, ni con otra tinta que con la de tu caridad. En el corazón tocó la lengua lo que espresó con la palabra. Los hombres sabios y virtuosos que se hallaron presentes á su lección, inmediatamente sintieron que se les conmovían las entrañas: cada uno con la mano del amor comenzó á arrebatarte y á meterte en su corazón, porque en aquella carta no se oía, se veía sí la dulzura de tu ánimo (3).» Merece también este elogio la citada carta á Santa Florentina, de la cual con verdad se puede decir, que San Leandro espresó en ella una viva imagen de su corazón.

De sus virtudes leemos un retrato perfecto en los sabios compiladores de las vidas de los Santos (4). San Leandro, dicen, se mortificaba cotidianamente á sí mismo, por lo que su nom-

(1) *S. Leand. Epist. ad Florentinam cap. ult.* (2) *Isidor. lib. de Scriptor. ecclesiast. cap. 28.* (3) *Gregor. M. lib. 7. Epist. 127.*
(4) *Bolland. die. 13. Mart.*

bre se hizo célebre en toda España. Estuvo lleno del temor de Dios, fue dotado de altísima prudencia, justo en los juicios, cauto en las sentencias, continuo en la oración, liberal en las limosnas, admirable en las alabanzas divinas, de singular talento en corregir lo que había de ambiguo en los sagrados oficios, intrépido defensor de la Iglesia, de ánimo grande en abatir á los soberbios, y tan lleno de caridad que no habiendo jamás negado cosa alguna á cuantos le pedían, se grangeó el amor de todos. Lo que principalmente hizo más famoso y venerable su nombre á toda la Iglesia, fueron las persecuciones que sufrió por la defensa de la fe contra la herejía arriana, y la reducción de los godos al catolicismo, á la que dió principio convirtiendo al Rey Ermenegildo.

En efecto, él fue el que acabó la obra que había comenzado Ingunda. Esta invencible Princesa trató desde el primer día de su matrimonio de ganar el corazón de su esposo, y combatir el error en sus coloquios familiares, y ponerle á la vista las luminosas pruebas de la verdad católica. La dulzura de sus palabras, los atractivos de su hermosura, los buenos ejemplos, de todo se sirvió para convencerle, mas á todo resistió por largo tiempo el Príncipe inficionado desde su niñez con la herejía. Empero al fin dejóse persuadir á que había de conferenciar con San Leandro, y examinar con él cual de las dos religiones era la verdadera, lo que venía á ser lo mismo que darse por vencido. El santo obispo desplegó entonces todo su celo y sabiduría, y la divina gracia por el órgano de su voz puso la última mano á aquella admirable conversión. Abjuró, pues, Ermenegildo su error en manos de Leandro, el cual mediante la unción del santo crisma le reconcilió con la Iglesia, y le puso

el nombre de Juan, bien que jamás se nombró sino con el que le impusiera su padre. Sucedió esta conversion en el año primero del reinado de Ermenegildo, que fue el de 579, ó á principios del siguiente 580 (1).

NÚMERO VI.

Guerra de Leovigildo contra su hijo.

Esta gloriosa conquista costó á los católicos de España muchos trabajos y mucha sangre. Leovigildo, en quien el error de la impiedad, como dice San Isidoro, ofuscaba la gloria de sus empresas guerreras que fueron muchas y siempre felices, al saber la mudanza de religion del jóven Príncipe se dejó llevar de su furor y fanatismo, y juró vengar en él la afrenta de su secta. Añáliéronse á este primer ímpetu del Rey las instigaciones de Gosuinda, la que en vez de mediar y aplacar su ánimo, encendió mas la irritacion, y avivó el fuego de la discordia, pretendiendo así vengarse de Ingunda y satisfacer su bárbara impiedad. Mas antes que viniesen á las manos, y que los primeros disgustos llegasen á un rompimiento abierto, intentó el Monarca sagáz reducir al hijo á su voluntad con la dulzura y los halagos. Despachóle á este fin sus embajadores, y le escribió una carta, en la que le recuerda el gran número de beneficios que le habia dispensado desde su niñez, la elevacion que le procuró haciéndole Rey, y preparándole para que reinase en toda la nacion despues de sus dias. Le representa tambien el amor y respeto que le debia como á padre, le acusa de ambicion, y por último

(1) *Joann. Biclár. Chron. ann. 579.*

le amenaza diciéndole, que si no condescendia con su voluntad, se veria forzado á tomar las armas, en cuyo caso seria inútil que implorase despues su misericordia. Gran pesadumbre causó á Ermenegildo esta carta, pero determinado á no mudar de parecer ni abandonar la verdadera Religion que una vez habia conocido, contestó á su padre haciendo una generosa profesion de su fe. Se manifiesta agradecido á sus beneficios, trata de persuadirle con el egemplo de los vándalos y ortogodos que no puede ser duradera la prosperidad de los hereges, y termina con estas bellísimas palabras: »Si os ofendeis por haber yo mudado de Religion sin consultaros antes, séame lícito tambien sentir que no querais darme lugar para que estime en mas mi conciencia que todas las cosas del mundo: por lo cual, si necesario fuere, estoy pronto á derramar mi sangre y perder la vida; ni es justo que el padre pueda con su hijo mas que las leyes divinas y la verdad.»

No ablandó el ánimo irritado de Leovigildo esta contestacion, antes por el contrario resolvió marchar sobre Sevilla con un formidable egército. Noticioso de ello Ermenegildo principió á preparar la defensa de sus estados: fortificó á Sevilla y á Córdova, proveyólas de abundancia de víveres y de todo lo necesario para cualquier evento: hizo alianza con los generales romanos que residian en España, y encargó al obispo San Leandro que procurase negociar en Constantinopla la ratificacion de este tratado, ora fuese enviándole entonces como su embajador á la corte imperial, ora porque estuviese ya en ella Leandro desde que abrazó el Príncipe la fe católica. Aquí se ve precisado Berault á decir, que el santo arzobispo redujo su embajada á solicitar del Emperador, no el socorro de su egército, sino sim-

plemente que interpusiese su mediacion con el Rey herege á favor de los católicos, ó que asegurase un asilo al Príncipe convertido y á su familia en caso de opresion; *porque, dice, tenia Leandro demasiadas luces para prestarse á la rebelion bajo de ningun aspecto.* Empero supuesto lo que evidencia la misma narracion histórica, es decir, que no hubo rebelion de parte de Ermenegildo, sino solamente una justa defensa, pudo muy bien cumplir Leandro las intenciones de su Soberano legítimo, y pedir al Emperador la confirmacion de la alianza ajustada con sus generales. A mas; qué impresion habian de hacer en el ánimo de Leovigildo las negociaciones pacíficas de parte de aquel á quien estaba acostumbrado á despreciar, y de cuyos egércitos habia reportado tan cumplidas victorias? Ni la amistad ni el temor podian moverle á respetar la mediacion de los griegos, dado caso que no existian tales causas. Ni se opone á esto, que echase despues mano del soborno para atraer á los imperiales á su partido, porque es de suyo manifesto, que encendida ya la guerra, mas fácil debia serle vencer á un enemigo solo que á dos. Creemos, pues, mas conforme á razon decir, que San Leandro conocia, y sin que necesitase para ello usar de sus grandes luces, que cualquiera negociacion de palabras hubiera sido inútil, y que solo podia aprovechar á Ermenegildo la intervencion armada, ó el auxilio de las fuerzas imperiales.

Escribió tambien el Príncipe católico al Rey de los suevos y á los de Francia, pidiéndoles su ayuda; entregó á los romanos á Ingunda su muger, y á un niño que le nació poco antes, ó por prendas de su fidelidad, ó mas bien para la seguridad de sus personas en caso que la suerte de las armas no le fuese propicia. No se descuidó Leovigildo por su parte en hacer los pre-

parativos para la guerra. Trató primeramente de concertar en algun modo á los católicos con sus arrianos, á cuyo fin juntó en Toledo el conciliábulo de que hace mencion Berault, y con la abolicion de la costumbre de rebautizar, y la promulgacion de una nueva fórmula de creencia en la que se encubria el error, tendió el lazo á los fieles menos ilustrados y los ganó para sí. Hizo despues en todos sus estados numerosas levadas, con las que reunió un poderosísimo egército: envió sus embajadores á Francia con muchos regalos para asegurarse la amistad del Rey Chilperico: sobornó á los imperiales entregándoles treinta mil sueldos de oro, los que se dejaron corromper hasta el extremo de faltar á la fe de los tratados que concertaran antes con Ermenegildo, y de abandonarle. Pasáronse tres años en estos preparativos, y en el de 583 marchó el Rey padre con toda su gente hasta cerca de los muros de Sevilla, sin encontrar resistencia alguna; porque abandonado Ermenegildo de los griegos, y no habiendo recibido los socorros de Galicia, no se creyó en estado de presentar la batalla ó de mantenerse en el campo, y pasó á encerrarse con su egército en la ciudad. Sitióle inmediatamente Leovigildo, y todo el tiempo que duró el asedio, que fue cerca de dos años, fatigó á los sitiados con cuantos medios estuvieron á su alcance: cerróles la navegacion del Guadalquivir, cortóles toda comunicacion y entrada de víveres, acometió á Miro, Rey de Galicia que venia con sus tropas en favor de Ermenegildo, y le indujo con sus regalos y amenazas á unírsele contra los sitiados, lo que pagó bien caro el Rey suevo, pues fue muerto durante el sitio. Finalmente, viendo el desgraciado Príncipe que su ciudad se hallaba reducida por el hambre casi al extremo, y que no podia sostenerse por mas tiempo, hizo con toda su gente una

vigorosa salida, se abrió paso por entre el ejército sitiador, y se retiró hacia Córdoba. Huyendo después de esta ciudad, se fortificó en el castillo de Oset, donde resolvió esperar á pie firme al enemigo y darle la batalla con todas sus fuerzas. Escogiendo con esta idea trescientos de sus mas valerosos soldados, los puso delante del castillo, y colocó el grueso del ejército en observacion, para atacar á un mismo tiempo por frente y espaldas á sus contrarios. Empero todo fue inútil: Leovigildo habiendo descubierto el plan de su hijo no le dió lugar de ponerlo en ejecución: se arrojó desesperadamente sobre la fortaleza, destrozó á los trescientos armados, la puso fuego y la abandonó á las llamas.

Perdido ya y sin recursos, se refugió Ermenegildo á una iglesia vecina, desde donde envió un parlamentario á su padre, confiando que podría aplacar su ira y ajustar la paz. Ordenó entonces Leovigildo á Recaredo su segundo hijo que fuese á buscarle, con la facultad de prometerle con juramento que olvidaria todo lo pasado siempre que se humillase. Manifestóse dispuesto á practicarle todo; salió de la iglesia, se postró á los pies de su padre y le pidió el perdón. El Rey le recibió con las mayores demostraciones de amor y ternura, lo besó, y lo estrechó en su seno; mas de allí á poco lo mandó prender y lo llevó consigo á donde estaban acampadas sus tropas. Allí contra la fe de la promesa y contra la religion del juramento le despojó de las insignias reales, ordenó que le condujesen en su seguimiento en traje muy vil hasta Toledo, y de allí cargado de cadenas lo envió preso á Valencia. El sabio autor de la historia crítica de España supone que esto solo fue un destierro, y que el Príncipe volvió á fortificarse y aun á estender sus do-

minios mas allá de Andalucía por la Estremadura; y por último que su padre renovando la guerra, le arrojó de Mérida, le persiguió hasta el reino de Valencia y le puso en prisiones en Tarragona. Como quiera que esto fuese, lo que consta por el abad de Biclara, autor contemporáneo y digno de toda fe, es, que en esta última ciudad padeció Ermenegildo la prision y el martirio; ora sea que le trasladasen allí desde Valencia después de la derrota de Sevilla y viage de Toledo, como supone Be-rault, ora que le aprisionasen en la misma Tarragona después de la segunda campaña (1).

NÚMERO VII.

Martirio de San Ermenegildo.

La causa del duro tratamiento que dió Leovigildo á su hijo, no tanto fue el deseo de vengar los anteriores agravios, quanto el verle constante é inflexible en la profesion de la fe católica. Tal vez se imaginó el pérfido padre, que teniendo en su poder, fácilmente le induciria á hacer su voluntad, y le haria abrazar de nuevo la religion dominante de los godos. Aplicóse, pues, á tentarle con el alicitivo de los premios, y con el terror de las amenazas (2). Mas el generoso Príncipe con invencible constancia protestó una y muchas veces, que en ningun modo podia abandonar la verdadera fe con que habia sido sobrenaturalmente ilustrado; por lo que enfurecido hasta el extremo el bárbaro padre, le declaró privado para siempre del reino,

(1) Joann. Biclari. Chron. pag. 390. = Masdeu hist. critic. de Esp. tom. 10. pag. 138. (2) Gregor. M. lib. 3. Dialog. cap. 31.